

hay quien resista á tan gran torrente de hombres, ni quien oponga firme barrera á tan impetuosa ola, cuando en el campo de los Persas hay demasiado poder y demasiados héroes. Pero ¿quién se ha librado jamás de los pérfidos engaños de un dios enemigo? ¿Quién ha conseguido sacar salvo el pié fuera de su red, elevándose con un ágil salto? Él lisonjea primero al hombre con falsas artes, y luego le hace caer dentro de sus lazos, siendo inútiles todos los esfuerzos para desprenderse de ellos...

» De donde resulta el triste afán, ¡oh pueblo de Persia! que roe mi corazón, temiendo no llegue á los oídos de la ciudad una funesta voz que diga: La gran Susa ha quedado privada de tan grande ejército... Entretanto aquí el amor conyugal llena los lechos de lágrimas y oprime el corazón de la anhelante esposa, desde que al fuerte y belicoso consorte cada cual dijo adiós, permaneciendo sola y sin amparo.»

Atosa, madre de Jérges y mujer de Darío, se presenta entónces y refiere los terrores que también á ella la rodean, y los sueños que la turban durante la noche:

« Muchas visiones nocturnas me han asaltado desde que mi hijo se dirigió con tan grande ejército á la tierra de los Jonios, queriendo sujetarla; pero ninguna tan clara como la de la última noche. Ante mí se ofrecieron dos mujeres bien adornadas, una con peplos al estilo persa, otra con traje dorado; su estatura mas augusta con mucho que la de cuantas vense en derredor, su belleza perfecta, hermanas oriundas del mismo tronco; pero habiendo tocado en suerte á la una el suelo de Grecia, y á la otra el de Asia. De repente ví suscitarse una lid entre ellas; mas mi hijo las apaciguó pronto, las contuvo y unció á las dos á su carro, imponiendo los collares á sus cervices. Una hacia ostentacion de tal adorno, y prestaba obediente la boca al freno; la otra sacudia los piés, arancaba con las manos los adornos del carro, y desenfrenada rompía á medias el yugo. Mi hijo cayó; su padre Darío se puso á considerarle con compasivos ojos, y Jérges, reparando en el autor de sus días, despedazó de dolor sus vestidos.

» Esto ví por la noche, y apenas me levanté, saqué con ambas manos agua de la fuente, y me dirigí al ara en union de los sagrados ministros, deseosa de ofrecer libaciones á los nùmenes que rechazan los males; pero de repente un águila se acogió veloz al altar de Febo. Quedé muda de temor, y ví que la seguía un gerifalte agitando las alas y que empezó á desplumarle la cabeza con sus garras, sin que ella opusiese la menor resistencia.

» La vista de tal espectáculo me llenó de terror, como á vosotros su descripción. Bien conocéis, ¡oh amigos! que si mi hijo consigue el triunfo, será un hombre admirable; pero si el éxito de la empresa es desgraciado... ¡Ah! ¡no quiera el Cielo que tenga que dar cuenta de sus operaciones! ¡Vuelva salvo, y conserve en aquel país igual imperio!»

Si el Griego se estremecía al oír en estos versos la mal concebida esperanza de Jérges de subyugar á Atenas, debía luego alegrarse oyendo esta noticia acerca de su ciudad:

ATOSA. Entretanto, quisiera saber en qué parte del orbe está situada Atenas.

CORO. Léjos, hácia el ocaso, donde muere el sol.

ATOSA. Mucho deseaba mi hijo la adquisicion de esa ciudad.

CORO. Porque una vez adquirida Atenas, toda la Grecia se someterá á su dominio.

ATOSA. ¿Pues tan grande y poderoso ejército tiene?

CORO. Como que ántes de ahora han irrogado grandes daños á los Medos.

ATOSA. ¿Sus casas abundan en riqueza?

CORO. Posee un manantial de plata, oculto en las venas de la tierra.

ATOSA. ¿Manejan los Atenieses el arco?

CORO. No, sino la lanza y el escudo.

ATOSA. ¿Y quién los guía al combate? ¿Quién manda sobre ellos?

CORO. Se jactan de no ser siervos de nadie, de no estar sujetos á ningun hombre.

ATOSA. ¿Y cómo pueden sostener el ataque de los escuadrones enemigos?

CORO. Del mismo modo que dispersaron el fuerte y hermoso ejército de Darío.

ATOSA. Tus palabras asustan á los padres de los guerreros que marcharon.

Lo que no era mas que presentimiento, se convierte pronto en certeza, pues el mensajero llega y refiere las derrotas de los persas:

CORO. ¡Ay! ¡ay! que en vano pasaron del suelo asiático á la divina tierra de Grecia tantos dardos dispuestos para el combate!

MENSAJERO. Llenas están de cadáveres las playas de Salamina, y todos los alrededores.

CORO. ¡Ay! ¡ay! ¡con que en medio de las olas flotaban los cuerpos de los amigos nuestros, ya sumergiéndose, ya saliendo á la superficie, acá y allá impelidos por el mar!

MENSAJERO. Los arcos no sirvieron de nada; al choque de las naves toda la armada quedó deshecha.

CORO. Lanzad gritos de dolor oyendo la cruel suerte de los Persas! ¡Qué horrible infortunio! ¡Todo el ejército aniquilado, disperso!

MENSAJERO. ¡Oh Salamina! ¡Oh nombre detestado! ¡ay! ¡cuánto gimo al recuerdo de Atenas!

CORO. ¡Atenas mala para los enemigos! En los tiempos mas remotos se mencionará el gran número de infelices mujeres persas á quienes has arrebatado sus hijos y esposos.

ATOSA. Hasta ahora he permanecido muda, atónita ante el espectáculo de tantos males: la desventura es tan grande que ni hablar ni interrogar puedo. Pero forzoso es á los mortales sufrir cuanto les viene de los dioses. Explicanos todo el doloroso acontecimiento con firme corazón aunque tú también llores, y dínos

cuál de los reyes se ha salvado de la muerte, y cuál dejó viudas las filas.

MENSAJERO. Jérges vive; sus ojos ven aun la luz del día.

ATOSA. Á mi palacio anuncias una gran luz; día sereno, cándido, que sigue á una negra noche.... (1). ¡Ay! ¡ay! He oído el mayor de los males, causa para los Persas de vituperio y de lamentos agudos. Pero toma otra vez el hilo de la narracion, y dínos el número de naves que contaba el enemigo, para atreverse á empeñar el combate con la escuadra persa.

MENSAJERO. No cabe duda de que, atendiendo al número de naves, hubieran vencido los nuestros. Los Griegos tenían trescientas naves, y diez mas escogidas; y Jérges, me consta, mil, con otras doscientas siete mucho mejores por su veloz curso. Ahora bien, ¿te parece que nos faltaban fuerzas? Pero un Dios destruía nuestra gente, inclinando la fatal balanza con un peso desigual.

ATOSA. Los dioses han salvado la ciudad de Pálas.

MENSAJERO. Invicta, inexpugnable es la ciudad de Atenas; firme el parapeto que le forman sus habitantes.

CORO. ¡Oh Júpiter, rey, que has destruído todo el fuerte y grande ejército de los Persas! por ti se han cubierto de tenebroso luto Ambatana y Susa; por ti las mujeres persas bañan en llanto el pecho, despedazando los velos que les ocultan la faz, y las recién casadas, deseosas de volver á sus perdidos esposos, abandonando el muelle lecho, donde disfrutaban el suave deleite de la juventud, gimen con suspiros sin fin. ¡Ay, que el lamentable acontecimiento de tantas muertes me abruma! Toda el Asia llora viéndose despoblada de habitantes, arrastrados por Jérges ¡oh dioses! á una infausta guerra. Jérges ¡ay de mí! sembró la destruccion; Jérges, mal aconsejado, lo expuso todo al peligro de los mares. ¿Qué ha servido, pues, que Darío fuese afortunado capitán de los escuadrones, amigo, jefe y padre de los de Susa? De hoy mas la gente de Asia no vivirá sumisa al imperio persa, ni satisfará á su rey el debido tributo, ni le adorará postrada en tierra. El poder real ha muerto.

Esquilo habia combafido en Maraton, y así hasta cuando recordaba las batallas de Platea y Salamina, queria remontarse con el pensamiento hácia aquella primera empresa. Por eso la menciona á cada paso, y se la ve aparecer bajo el velo. Para recordarla mas directamente, introduce con no vista osadía la sombra de Darío, evocada por Atosa:

« ¡Amado rey! ¡amado sepulcro! ¡que tan grande y tan rara virtud encierras! ¡Ah! Pluton permita que el buen Darío, egregio señor de Persia, se presente en medio de nosotros. Él no dejó perecer á sus tropas en el combate; fué

(1) Acerca de esta expresion véase la nota 3, pág. 394 del tomo I. NARRACION.

modelo de prudencia en el arte de la guerra, de modo que toda la Persia le apellidaba divino en el consejo.

« Oírás nuevas y recientes desgracias. Muéstrate ¡oh Señor! á la luz del día. En derredor nuestro se esparce negra niebla de Estigia; pues en un día toda nuestra valiente juventud ha descendido al Erebo. ¡Buen señor y buen padre, preséntate de nuevo á nosotros!»

La venganza griega no estaba aun completa con la derrota de Maraton; Darío debia volver al mundo para ver el fruto que habian recogido sus hijos de la semilla por él sembrada. Advirtiéndole la consternacion universal, pregunta la causa y Atosa le responde:

Tengo envidia de ti, pues has muerto ántes de mirar el abismo de nuestros males. Todo ¡oh Darío! lo sabrás en breve: el reino de Persia está destruído.

DARÍO. ¿Cómo? ¿Por qué...? ¿Ha experimentado el azote de la peste, ó se ha sublevado el pueblo?

ATOSA. No: todo el ejército ha sucumbido junto á Atenas.

DARÍO. ¿Y cuál de mis hijos mandaba la expedicion?

ATOSA. El belicoso Jérges, que dejó todo el país sin gente.

DARÍO. ¡Infeliz! ¿Intentó tan loca empresa por tierra ó por mar?

ATOSA. Por tierra y por mar: doble el frente era del doble ejército.

DARÍO. Pero ¿cómo pudo hacer que pasase tanta gente de á pié?

ATOSA. Uniéndole el Helesponto por medio de máquinas.

DARÍO. ¿Tal fué su audacia, que cerró el gran Bósforo?

ATOSA. Esta es la verdad; quizá le indujo á ello un nùmen.

DARÍO. Sin duda, algun gran nùmen que le privó de la razon.

ATOSA. Inmenso daño ha ocasionado á la Persia.

DARÍO. ¿Qué fué de los demas por quienes gemis?

ATOSA. El ejército naval arrastró en su ruina al de tierra.

DARÍO. ¿El campamento entero fué, pues, destruído por las lanzas enemigas?

ATOSA. De tal modo que toda Susa llora hoy la pérdida de sus habitantes.

DARÍO. ¡Oh grande, oh fuerte ejército malogrado!

ATOSA. Todos los Bactrianos perecieron, y ninguno en la ancianidad.

DARÍO. ¡Oh, qué mortandad horrible ha causado, y de qué valiente juventud guerrera!

ATOSA. Es fama que Jérges con algunos mas...

DARÍO. ¿Qué ha sido de él? ¿Halló medio de salvarse?

ATOSA. Huyó en direccion del puente que une las dos orillas.

DARIO. ¿Y logró poner el pié en la tierra de Asia? ¿Es eso cierto?

ATOSA. Lo dice la voz pública unánime.

DARIO. ¡Ay! ¡Con qué rapidez se han cumplido los divinos pronósticos!

DARIO. Amados amigos míos, nadie mejor que vosotros sabe que á ninguno de los que hemos reinado aquí hasta el presente se nos puede acusar de haber causado tamañas desgracias.

CORO. ¿Y qué quieres decir con eso? ¿Cuál es el fin de tus palabras, rey Darío? Después de tal golpe ¿cómo podrá la nación persa volver á su estado floreciente?

DARIO. No llevando jamás la guerra á la patria de los Griegos, aunque el ejército persa fuese mas numeroso que nunca. La misma tierra combate por ellos. Por el mal que han cometido sufren y han de sufrir no menor pena; pues que aun no se ha colmado la medida de sus desgracias. La dórica lanza convertirá los campos de Platea en un lago de sangre, y los montones de huesos mostrarán con su silencio hasta la tercera generación, que no conviene al hombre un sentimiento demasiado alto, pues que la arrogancia coloca sobre el florido tallo espiga de culpas, y se recoge cosecha de lágrimas. Ahora bien, ante tan gran castigo, no olvidéis nunca á Atenas y Grecia, y cuenta no haya alguno que disgustado del presente destino desee comprar otro á gran precio. Mora en la altura el sumo Júpiter, que conoce y castiga severamente los proyectos, hijos de la soberbia.

Al llegar aquí, los Griegos veían presentarse en la escena á Jérges; aquel Jérges á cuyo nombre habían temblado sus madres, arrojando en pos de sí la vergüenza de la derrota; y el coro exclamaba:

« ¡Infausta guerra para la Persia! »

JÉRGES. ¡Demasiado infausta! ¡Ay de mí, que perdí tan numeroso ejército!

CORO. ¿Qué mas? Sucumbieron los mas ilustres varones de Persia.

JÉRGES. ¿Ves todo lo que me resta de mis vestidos?

CORO. Lo veo, lo veo.

JÉRGES. ¿Y esta aljaba?

CORO. ¿Nada mas has salvado?

JÉRGES. Nada mas.

La originalidad de Esquilo no ha tenido imitadores y permanecerá quizá imitable. Como Dante, introduce poquísimos incidentes; pero elige los mas á propósito para causar profunda impresión é inspirar terror; como Dante tambien, se excede en metáforas, exagera las imágenes, es mas grave que correcto, mas sublime que bello.

SÓFOCLES.

Perfeccionar el arte y sujetarlo á reglas, estaba reservado á Sófoles. Excitado segura-

mente por las tragedias de Esquilo, las amoldó á la dulzura de su carácter y á la nueva índole afable y cortés que adquirieron los Atenienses en tiempo de Pericles. De buena familia, rico, hermoso en cuanto á su persona, bien educado, exaltado por sus conciudadanos, que hasta le pusieron entre los diez generales, y le adjudicaron el premio veinte veces, aun en competencia con Esquilo; mirado con respeto por la censura, entregado á los placeres, cuidándose poco de los negocios públicos, satisfecho de sí mismo y de los demas, exento de envidia, escribió contra Eurípides por el abuso que este hacia del coro, pero cuando supo que habia muerto, hizo que se presentasen sus actores en el palco escénico vestidos de luto. Vivió hasta una edad muy avanzada; pero, como segun él mismo dice, « no debe llamarse feliz un hombre hasta que la muerte no haya hecho imposible su desgracia, » y en sus últimos años experimentó la ingratitud de un hijo, que pretendia se le declarase imbécil. Sófoles leyó ante los jueces su *Edipo en Colona*, y la acusacion se convirtió en triunfo.

« Extranjero, el célebre sitio adonde habéis llegado, Colona, es el mas tranquilo y seguro asilo de esta tierra, famosa por sus caballos. Aquí Filomela gusta de hacer oír sus plañideros cantos oculta bajo la sombra negruzca de la hiedra, en el seno de los verdes valles, ó en esas sagradas y fértiles florestas, inaccesibles á los mortales, donde el dia no osa penetrar y que son respetadas por los vientos y los inviernos. Allí tiene Baco su paseo predilecto, rodeado sin cesar de las ninfas que le alimentaron. Allí, á favor del celeste rocío, se ve florecer todos los dias el narciso, con sus hermosos racimos, y el dorado azafran, para servir, segun el uso antiguo, de coronas á las dos grandes diosas. Los fecundos manantiales del Cefiso derraman por las praderas olas que no duermen jamas; cada dia su agua pura vivifica el vigoroso terreno de los campos. El coro de las Musas, y Vénus, sentada en su carro de oro, se complacen en recorrer estos lugares.

» Pero lo que no sé que las comarcas de Asia ni la grande isla de Pelope, habitada por los Dorios, hayan poseído jamas, es este árbol sagrado, que nació de sí mismo, que los hombres no se atreven á tocar, y que es el terror de las lanzas enemigas. Aquí florece principalmente ese árbol precioso, el olivo, que se distingue por sus hojas de un verde pálido y que es tan útil en el gimnasio. Ningun hombre, ya se halle en la juventud, ya en la vejez, llevaria su imprudencia hasta el extremo de derribarlo con su mano; de tal manera los ojos de Júpiter, que preside al olivo sagrado, velan sin cesar con Minerva por su conservacion.

» Pero, en honor de esta metrópoli, aun me resta que publicar un elogio. Debo hablar de los regalos que recibió de un gran Dios, regalos que han constituido su gloria, dándole habilidad para alimentar, para guiar caballos y para

bogar en los mares. ¡Oh hijo de Saturno! ¡Oh soberano Neptuno! Tú eres quien la has elevado á este grado de gloria, tú quien diste á conocer á esta comarca, ántes que á ninguna, el freno que doma los caballos (1); por tus lecciones el buque empujado por los remos de que está provisto, se lanza rápido y sigue los pasos de las Nereidas de cien piés. »

Tales eran los elogios que tributaba Sófoles á su villa natal, situada á las puertas de Atenas. Admiró á Esquilo, y á la inspiración de este añadió el arte de ordenarla bien, venciendo en el primer drama que expuso al juicio del pueblo. Trabajó continuamente para la escena, ejecutando quizá ciento treinta obras; pero solo han llegado á nosotros siete tragedias.

El drama en que venció á Esquilo se titulaba *Triptolemo*, y pertenecía á los denominados *Satíricos*. No se crea que estos tenían nada de comun con lo que entendemos por sátira, pues el nombre lo tomaban de los sátiros, que en union de las Ninfas, de los Ciclopes y otros genios por el estilo formaban el coro. Tales composiciones, anteriores quizá á la verdadera tragedia y comedia, pertenecian á esta por el estilo y las situaciones, á aquella por la condicion de los personajes, que eran dioses, semidioses y héroes, pero figurando escenas campestres y aventuras sencillas entremezcladas con bailes y espectáculos risueños, y adornadas de lugares silvestres, fuentes, grutas, etc. De esta clase de piezas no nos queda mas ejemplo antiguo que el *Ciclope* de Eurípides.

Sófoles habia escrito muchos dramas satíricos, pero todos se perdieron, siendo de lamentar especialmente el *Triptolemo*, porque hubiera explicado las relaciones entre la Grecia y la Italia. Allí el protagonista recibia de Ceres el carro mágico para pasar á la Península Italiana, y juntamente noticias sobre la Italia, la Enotria, la Tirrenia y la Liguria (2). Otros dramas eran mitológicos, algunos burlescos, y si hemos de juzgar por los títulos, no estaban distantes del significado que damos hoy á la palabra satírico; tales debian ser el *Momo*, el *Edicto de los dioses*, los *Aloades*, donde se censuraban las degeneradas instituciones de Atenas; el *Banquete de los Griegos* en Troya, para pintar las disputas entre los capitanes, y los *Amantes de Aquiles*, donde se describian de un modo poco decente los obsequios hechos por algunos pisaverdes al héroe á quien creían doncella en Sciros.

De las tragedias perdidas de Sófoles quedan algunos fragmentos de gran valor. Tal es el citado por Clemente de Alejandría, en que se establece terminantemente la unidad de Dios, cual la habia aprendido quizá el poeta en los misterios de Eléusis; aludiendo á estos, dice en otra parte: « Dichosos los que los han visto y mueren pronto, pues vivirán por toda una eternidad. » En la titulada *Alete* se leia esta her-

(1) Por eso se la llamaba Colona ecuestre.

(2) DIONISIO DE HALICARNASO, lib. I.

mosa sentencia: « Un corazón benévolo, una alma recta descubren á menudo lo que se habia escapado á la astucia. » Y en la *Terea*, una mujer con sentimientos mas nobles que los que se encuentran en los demas trágicos, deplora de este modo la condicion de su sexo: « Mientras somos niñas, la negligencia nos educa en la casa paterna; crecemos en medio de los juegos; ya núbiles, somos conducidas á países extranjeros, lejos de las aras domésticas; una sola noche cambia toda nuestra existencia. No nos resta mas recurso que la resignacion. »

Los pasos de un grande hombre se descubren en las nuevas huellas que señalan el sendero por donde camina; y en efecto las que dejó trazadas Sófoles en el campo trágico están patentes. Consiguio que no se exigiera una trilogia para el certámen, sino que bastara cada tragedia por sí sola. Añadió á los dos personajes de Esquilo un tercero. Desterró los seres mitológicos é ideales, aunque sin presentar nunca mas que reyes y héroes, con los cuales mezcló Eurípides por la primera vez personas de ménos distincion, con aplauso del pueblo y burla de los críticos y de Aristófanes. Á la idea del Destino que tiraniza las acciones en Esquilo, Sófoles substituyó la de la Providencia. Quitó tambien la necesidad impuesta á los poetas de representar el principal héroe de sus tragedias.

Ademas, fué el primero en disponer las partes, en la gradacion del interes, en la exquisita eleccion de los vocablos y de los medios en el arte del estilo, superando en esto á Esquilo tanto como se quedaba atras de él en grandiosidad de ideas; sus coros, si no vencen, igualan á Píndaro sea por la ideas, sea por las formas; y estableciendo la diferencia debida en el modo de hablar de los distintos personajes, conservó á todos la dignidad exigida por el ideal á que aspiraba el arte griego, sin exageradas expresiones del dolor, ni insípidas del afecto. Por último, pintando, como Esquilo, la ruina de una gran fortuna, ó vice versa, supo encadenar mejor los acontecimientos, proporcionar los puntos y conducir con mas artificio el desenlace.

Nos dará idea de su método la magnífica trilogia del *Edipo tirano*, *Edipo en Colona* y *Antígona*, obras compuestas con grandes intervalos; pero que constituyen un solo poema.

El *Edipo tirano* fué comparado por un sa-gaz inglés (Potter) á una erupcion del Etna. Nubes de humo ennegrecen al principio el cielo, despues las disipan violentas explosiones de llamas; en seguida se calman los amenazadores preparativos y les sucede la serenidad; pero al fin la montaña se abre y arroja torrentes de lava que sepultan los palacios, los templos y las ciudades.

Una horrible peste aflige á Tébas.

« Las penas que me abruma son infinitas. Todo este pueblo sucumbe, sin que los recursos

del arte alcancen á remediar nuestros males. Los gérmenes de los frutos se han vuelto estériles; las mujeres no soportan ya los dolores del parto. La muerte, mas rápida que el ave, mas destructora que el fuego devorador, precipita á nuestros ciudadanos, uno tras otro, hácia la ribera del dios de los infiernos. Tébas recibe cada día nuevos golpes. Los niños (¡cruel espectáculo!) permanecen, sin compasion, tendidos en este suelo, teatro de la muerte. Léjos de ellos las mujeres y las madres, cuya frente está cubierta de cabellos blancos, lloran al pié de los altares, suplicando que terminen sus penas. Los himnos lastimeros y los gemidos dolorosos resuenan á la par. Noble y encantadora hija de Júpiter, enviádnos algunos socorros; retirad de entre nosotros este azote destructor, este nuevo Marte, que, sin escudo ni venablo, ha venido á hacernos la guerra, y nos consume en medio de los gritos de tantos infelices: que se vaya, léjos de los límites de nuestra patria, al vasto seno de Anfítrite, ó á las inhospitalarias olas del mar de Tracia! No nos deja un momento de reposo; pues si parece perder algún vigor cuando la noche concluye, lo recobra desde que amanece el día. ¡Oh Júpiter! ¡Oh Dios, que diriges á tu arbitrio el rayo! destrúyelo; y tú, rey de Licia, lanza para socorrernos las flechas infalibles de tu arco de oro. ¡Oh Diana! vibra contra él los brillantes rayos con que abrasas las cimas de los montes Liceos; y tú, dios del vino, tú que tienes la frente coronada de cintillos de oro, tú cuyo sobrenombre está tomado del nombre de esta ciudad, tú que caminas acompañado de las Ménades, ¡oh Baco! ven armado de antorchas encendidas á perseguir y aniquilar este dios cruel que todos los dioses aborrecen.»

Así suplicaba el coro, y Edipo habia enviado á su cuñado Creonte al dios pitio para consultarle sobre aquel mal terrible. Creonte, á su vuelta, dice que es preciso expiar la sangre de Layo. Layo, rey de Tébas, habia engendrado á Edipo, y sabiendo por el oráculo que este sería parricida, le mandó exponer en medio de la selva. Un pastor le recogió y cuidó, hasta que fué adoptado por Polibo, rey de Corinto. Pero el jóven, oyendo al oráculo de Apolo repetir que sería parricida, decidió emigrar de la que creía su patria, y marchando á la Daulia encontró á un hombre con cinco sirvientes y el heraldo, y le mató en vista de su arrogante conducta respecto de él. Era Layo, su desconocido padre; despues de dar muerte á este, Edipo se dirige á Tébas, donde confunde á la Esfinge que asolaba aquel reino; en recompensa se casa con Yocasta, su madre, tambien desconocida, y reina en Tébas, como príncipe justo.

Vese manchado, pues, con los mas nefandos delitos por pura fuerza de la fatalidad. Consultado el oráculo, convoca á los ciudadanos, y quiere que se imponga memorable y ejemplar castigo al matador de Layo:

« En esta tierra, sometida á mi mando, nin-

guno se atreva á acoger semejante hombre, á hablar con él, á permitirle tomar parte en los sagrados ritos, á esparcir sobre él el agua lustral; todos le rechacen de sus lares, pues que él es la causa de cuantos males nos afligen. Claramente lo ha dicho el oráculo. De este modo me erijo en vengador del númen y del rey asesinado, y consagro al reo ó á los reos, si son mas de uno, á arrastrar una horrible y solitaria existencia. Y si en mi palacio con mi conocimiento está oculto el regicida, invoco sobre mí mismo las imprecaciones que he proferido contra los demas.»

Para descubrir al criminal, se acude al adivino Tiresias; el cual, despues de resistir largo tiempo, al fin le dice que él es quien mató á Layo, y le deja entrever un delito aun mas execrable, de que está contaminado. Edipo prorumpe en duros improperios contra Tiresias, suponiéndole sobornado por Creonte para atraerle el odio del pueblo, y hasta quiere condenar á muerte á este último. Pero llega Yocasta, y con objeto de tranquilizar á Edipo y mostrale lo mentirosos que son los adivinos, le cuenta cómo á Layo le fué predicho que su mismo hijo le mataria:

« Un oráculo fué pronunciado respecto de Layo (no diré que procediese del mismo Apolo, pero sí de uno de sus ministros), anunciándole que su destino le condenaba á perecer á manos de un hijo que tendria de mí, y sin embargo, se ha esparcido el rumor de que unos bandidos extranjeros le asesinaron en una encrucijada. En cuanto á su hijo, apénas habian trascurrido los tres dias que siguieron á su nacimiento, cuando atándole los piés, Layo le hizo arrojar, valiéndose al intento de manos extranjeras, en el valle de una montaña inaccesible. De donde resulta que el oráculo de Apolo no se cumplió; ni mi hijo fué el asesino de su padre, ni Layo murió á manos de su hijo, como lo habia temido tanto. Á esto vienen á parar todos esos vanos discursos proféticos. Cesen, pues, tus temores. Los dioses descubren fácilmente lo que les importa saber.»

Semejante relato, léjos de tranquilizar á Edipo, aumenta su ansiedad, y multiplicando las preguntas acerca del tiempo y las circunstancias de la muerte de Layo, se engendra en él la cruel sospecha de que Tiresias ha dicho la verdad y de que pueda ser parricida é incestuoso. Pero el único de la comitiva de Layo que habia logrado salvarse, habia atribuido la muerte del rey á una banda, no á un hombre solo: en tal concepto, se le envia á buscar para que refiera el hecho con sus verdaderos pormenores, y entretanto Yocasta conforta á Edipo y le anima á esperar un éxito feliz. Llega á la sazón un mensajero corintio anunciando la muerte de Polibo y que Edipo es llamado á sucederle. Yocasta deduce de aquí razones de consuelo; pero Edipo interrogando al Corintio, descubre que no es hijo de Polibo, y si un expósito. El pastor llega tambien y expone la

verdad del suceso, aclarándose que Edipo mató y su padre y se casó con su madre. Esta habia desaparecido ya al despertarse aquella duda, exclamando:

« ¡Desventurado!... Tal es la única palabra que puedo dirigirte, y que te dirijo por la última vez.»

Edipo prorumpe en estas voces:

« ¡Ay! ¡ay! Todo se ha aclarado al fin. ¡Oh luz del día! por la última vez te veo; yo, que he nacido de padres de quienes no hubiera debido nacer nunca, yo que he formado lazos incestuosos, yo que he vertido la sangre que hubiera debido respetar.»

Sale en busca de Yocasta, y un empleado de palacio refiere al coro lo que sigue:

« La reina se ha dado á sí misma la muerte. Pero no es esto todo; era necesario ver aquella horrible escena. Te la relataré, cual la tengo fija en la mente. Apénas, en medio de los transportes que la agitaban, hubo atravesado el pórtico del palacio, cuando arrancándose los cabellos con ambas manos, se dirige á su lecho nupcial. Entra y cierra la puerta; llama á Layo, al esposo que hace largo tiempo ha dejado de existir; recuerda la antigua prenda de su union; el hijo que ha llegado á ser asesino de su padre, y que ha engendrado en el seno mismo de su madre una deplorable posteridad, y gime á la vista de aquel funesto lecho, donde ha tenido de su esposo un esposo, é hijos de su hijo. Ignoro de qué manera su muerte siguió á sus gemidos, pues los gritos de Edipo me impidieron presenciar su deplorable fin. Mis ojos se dirigieron á este príncipe, que, corriendo acá y allá, pedia una espada y preguntaba por su mujer; es decir por la que ha llevado en su seno al padre y á los hijos. En su extravío, un dios, sin duda, le mostró dónde estaba, porque ninguno de los presentes se atreva á contestarle, y caminando como si le guiara un ser invisible, se lanzó con terribles gritos contra la puerta, y rompiéndola saltó dentro de la habitacion donde hallamos á la reina pendiente del lazo fatal que acababa de quitarle la vida. En cuanto la ve ¡desdichado! prorumpe en dolorosos ayes, y se apresura á desliarla; y no bien yace la reina en el suelo (¡horrible espectáculo!), arranca los broches de oro de su vestido, y con ellos se hiere los ojos, exclamando que no la volvería á ver, ni al objeto de sus crímenes y de sus tormentos; y que en adelante sus ojos, sepultados en las tinieblas, estarian privados de ver lo que mas dulce y necesario le sería contemplar. Pronunciando estas palabras, que repetia á menudo, levantaba los párpados y se sacaba los ojos. Corria por su rostro negra sangre, no gota á gota, sino á modo de torrente.»

Hay culpas despues de las cuales la presencia del criminal en la escena es insuportable por el sumo dolor que excita, Sófocles lo comprendió, y por eso Yocasta no vuelve á presentarse. Alfieri sentia con ménos delicadeza, é imitando á Eurípides, no temió exponerla á la vista

del público largo tiempo, arrojando la imagen de la impureza que, voluntaria ó no, llevaba impresa en el rostro.

Edipo, ya ciego, vuelve á aparecer en el colmo de la desesperacion.

« ¿Con qué ojos hubiera podido yo, bajando á los infiernos, mirar á mis desventurados padres? Los crímenes que he cometido contra ambos son demasiado grandes para expiarse con la muerte que me proporcionara un lazo fatal. Pero, resuelto á vivir, ¿cómo soportar la vista de mis hijos, manchados en el crimen de su nacimiento? No; no los veré mas, ni á Tébas, ni sus baluartes, ni los altares de nuestros dioses. ¡Infelices! yo mismo me he desterrado de la ciudad donde en otro tiempo pasé dias tan gloriosos; yo he ordenado á todos los ciudadanos que arrojasen con oprobio al que resultara ser el criminal impuro designado por los dioses, aunque corriese por sus venas sangre de Layo. ¡Y cómo, despues de haberme mostrado contaminado con tan gran crimen, osaría levantar los ojos para dirigirlos á estos muros! Todo se acabó; y si hubiera podido tambien impedir á mis oídos que oyesen, no habria vacilado en cerrar de tal modo los conductos de mis sentidos miserables que inmediatamente y á la par quedase ciego y sordo, pues el solo alivio que resta al desgraciado, es lanzar léjos de sí el sentimiento de sus males. ¡Oh Citeron! ¿por qué me recibiste? ¿Ó por qué, en seguida de recibirme, no me diste la muerte, con lo cual no hubiera revelado al mundo mi origen? ¡Oh Polibo! ¡Oh Corinto! ¡Oh palacio que creia era de mi padre! ¡qué profunda úlcera estaba oculta bajo el brillante exterior con que me adornásteis! No soy al presente sino un mortal impuro, hijo de padres impuros... ¡Oh encrucijadas! ¡Oh selva! ¡Oh valle profundo! ¡Oh tierra, que bebiste la sangre de mi padre asesinado por mis manos! ¿Os acordáis aun de mí? ¡Qué atentado cometí á vuestra vista; y cuáles he venido á cometer en esta ciudad!... ¡Oh himeneo! ¡Funesto himeneo á que debo la existencia! ¡Tú, por quien mi sangre volvió á entrar en el seno que me habia formado, tú has hecho ver en las mismas personas, padres, hijos, esposas, madres, todo lo que hay de mas horrible en el mundo! Pero (pues que es vergonzoso hablar de cosas nefandas) en nombre de los dioses, ocultadme pronto, ó poned fin á mis dias, ó arrojadme al mar, á fin de que nadie de hoy mas se horrorice al verme.»

Ciertamente dudamos haya una obra antigua ni moderna en que el reconocimiento esté mas bien traído y en que se sostenga mejor el interés entre la compasion y el terror. Como Sófocles preferia la primera al último, no dejó que la tragedia concluyese con la desesperacion, sino introdujo las hijas de Edipo, de las cuales despidiéndose el padre, dice:

« ¡No lo veré; pero lloro por vosotras, hijas mías! pensando en las amenazas que os aguardan. ¿A qué reunión de los Tebanos, á qué